

No pensé, no, que era delirio triste
esta pasión, habiendo yo cumplido
diez y seis años cuando tú naciste;
todo lo ya pasado di al olvido.

Y no puedes saber cuán dulce cosa
es soñar de ese modo, niña hermosa!

LA MEMORIA

Cuando buscando tregua á mis enojos,
con ambas manos cúbrome los ojos,
y mi cansado espíritu medita,
ella se me aparece sonriente,
con los rizos que caen sobre la frente
coronada la airosa cabecita.
¿Dónde hallar las palabras que quisiera
para pintar, cual la contemplo y veo,
la celeste visión, que de mí huyera
burlando mi deseo?

Nada vale la rosa
que el botón rompe tras la fresca lluvia,
junto á la tez de mi adorada rubia;
nada la melodiosa
canción del bengalí, si la comparo
con su exótico acento limpio y claro;
no hay abierta granada
que á su carmín admiración demande
cual su boca, adorablemente grande;
los astros de la noche son muy bellos,
pero ninguno de ellos
tiene las luces puras y tranquilas
que irradian sus pupilas;
la gacela, escondida en el sombrío
bosque donde reposa,
no tiene, como tiene el dueño mío,
tímida la mirada y luminosa.

Para explicar sus gracias inocentes,
las retóricas galas
del poeta infeliz son impotentes;
mas puede el amador decir contento:
«¡Sublime facultad, que al genio igualas!

¡Memoria! ¡Tu poder bendito sea!
Su sonrisa me vuelves y su acento,
y por ti logro el bienhechor portento
de que, estando muy lejos, aún la vea!»

RESPUESTA

Has dicho:—«No le vi más que un momento.»
¿Te vi yo mucho más, mi dulce bien?
El alma te entregué y el pensamiento;
¿no pudiste entregármelos también?
Para subir de un vuelo á la alta cumbre,
para encender la noche en viva lumbre,
para dar al espíritu anhelante
goce embelesador,
¿no les basta un instante
al águila, al relámpago, al amor?
Te vi, y al punto te lloré perdida;
pero consagraré toda mi vida
á merecerte, sin ceder jamás.
Si ha de ser conocido el sér amado,
¿cómo en voraz hoguera me ha inflamado
una mirada tuya nada más?

A UN ANGEL DE LA GUARDA

El amor me ha vuelto
á la fe cristiana,
y en sueños me muestra,
junto á mi adorada,
su hermoso y gallardo
Angel de la guarda,
invisible espíritu,
leal camarada,
tutor de su vida
inocente y casta.

Juvenil guerrero
sin tilde ni tacha
de las celestiales
falanges sagradas,

¿no es cierto, responde,
que para guardarla
de día y de noche
y allá adonde vaya,
sobre ella se cierne
tu imagen alada?
¿No es cierto, no es cierto
que son tus miradas,
do su azul reflejan
los cielos sin mancha,
mucho menos puras,
mucho menos santas,
que el alma virgínea
de esa niña cándida?

Tú, que venturoso
siempre la acompañas,
¿no es verdad que en ella
miras una hermana?

Testigo celeste,
que la ves, al alba,
comenzar sus días
con una plegaria,
y ves que termina

la humilde jornada
con plácidos sueños
que á puros le ganan,
¿no es cierto que al verla
bajar las pestañas
sobre sus pupilas
de gacela claras,
con asombro miras
que le faltan alas?

COMPASION DE LAS COSAS

Los dolores aguzan el sentido.
Lejos marchó la idolatrada mía;
y en la naturaleza he sorprendido
una dulce y secreta simpatía.

Cuando me ven los pájaros cantores,
en el nido piadosos enmudecen.
Sé que me tienen lástima las flores;
las estrellas también me compadecen.

El jilguero feliz mi rostro huraño
ve, y se avergüenza de su alegre trino;
comprende el lirio que me causa daño;
sabe el astro que insulta mi destino.

Todo sus perfecciones me retrata
y muestra su recuerdo lisonjero:
sus pupilas, su aliento, su voz grata,
que astros son para mí, lirio y jilguero.

VIDA ANTERIOR

Si es verdad que esta vida es un destierro,
y que el mortal, doblado al peso duro
del trabajo, con lágrimas expía
su existencia anterior; si en otro mundo
mejor que el nuestro, entre los globos de oro
que en la extensión azul trazan su rumbo,
tuvimos otro sér, un sér formado
de elementos más nobles y más puros;
y memoria nostálgica guardamos

del pristino esplendor, ¡oh!: de seguro,
tú, dulce niña, vienes de la excelsa
mansión de luz, donde su cuna tuvo
también el alma mía; pues, al verte,
sentí en ella surgir, vago y confuso,
el lejano recuerdo. En tu presencia,
¡oh blonda virgen!, trémulo y convulso
me estremecí; pensé reconocerte,
y al clavarse mis ojos en los tuyos,
sentí que nos habíamos amado
en tiempo más feliz. Desde aquel punto
mis ensueños al alto firmamento
ansiosos piden protector refugio,
viendo en él nuestra patria; y cuando tiende
la noche amiga sus tinieblas, busco
allá, entre los celestes luminas,
la hermosa estrella en que vivimos juntos.

ESPERANZA TÍMIDA

Si en voz muy baja, niña encantadora,
confesar te oyen que las penas sientes
del poeta lejano que te adora,
de mi dolor se mofarán las gentes,
y quizás te dirán — ¡sabios doctores! —
que nadie se murió de mal de amores.

Como el triste soldado
que vuelve de la guerra mutilado,
el amante infelice,
que reniega de Dios desesperado,
y á los hombres maldice,
¿no trocará su suerte
por el blando sosiego de la muerte?

Lo que dispongas tú será cumplido.
Como si hallares, al pasar, un nido,
y en él frágiles huevos de jilguero,
mi pobre corazón has recogido.
¿Lo quiere destruir con golpe fiero
tu capricho inhumano?
Aprieta bien; lo tienes en la mano.
Mas tú, niña hechicera,
no querrás, compasiva, que yo muera.

ROMANZA

Cuando veo una rosa
que abre el botón brillante,
¿por qué me oprime angustia dolorosa?
Cuando veo una rosa,
¿sabéis en lo que pienso? En su semblante.
Cuando veo una estrella,
¿por qué mi frente plácida y nublada
dolor profundo sella?
Cuando veo una estrella,
¿sabéis en lo que pienso? En su mirada.
Cuando veo volar la golondrina,
¿por qué tenaz me aferro
á la aficción que acerba me domina?
Cuando veo volar la golondrina,
¿sabéis en lo que pienso? En mi destierro.

CARTA

No es un «bello ideal,» ¡oh niña hermosa,!
lo que amo en ti con ilusorio prisma;
el dulce imán de mi pasión gozosa
eres tú nada más, eres tú misma.
Tal como Dios te hizo,
así te quiero, sin mayor hechizo.
No me deslumbra el brillador tesoro
de tus cabellos de oro,
ni el fuego de tus ojos seductores,
aunque encendió su rayo mis amores.
Tú, como yo, tendrás algún defecto;
pero ¿quién es perfecto?
Para que yo te quiera,
sé cual eres, y no de otra manera.
Ya ves: en la región de lo imposible
no busco una quimera.
Si fueras tú sensible
á este que me inspiraste afecto puro,
si derribar pudiésemos el muro
que entre los dos alzó mi aciaga suerte,
fueran mis sueños, de delicias llenos,
conseguirte, y amarte, y protegerte,
tal cual eres, mi bien, ni más, ni menos.

Tienes buen corazón, no eres coqueta;
escúchame benévola, y completa
juzgaré mi victoria.
A que seas sin tacha no me ajusto;
prefiero que me des algún disgusto,
pues será el perdonártelo mi gloria.
Quiero ser juntamente
ansioso amante y padre complaciente.
Pondré todo mi empeño
en estar más amable y más risueño
cuando estés más airada y exigente.
Fantástico-ideal no es lo que sueño;
conozco la flaqueza
de la humana infeliz naturaleza;
pero en tu noble condición confío.
Y no, no me equivoco
al esperar—¡oh delicioso encanto!—
que mi constancia rinda tu albedrío,
y al fin acabes por amarme un poco,
á mí, que te amo tanto!

EN OTOÑO

Cuando á la hermosa niña escandinava,
cuyo dulce recuerdo me conmueve,
tendí la mano, que de amor temblaba,
llovían sobre mí copos de nieve.
Cuando la vi otra vez, y más henchido
latía el corazón, ebrio de amores,
sobre mí, de placer estremecido,
llovían los almendros blancas flores.
¡Maldigote, destierro, que inclemente
las esperanzas últimas me quitas!
Sobre mi triste y anublada frente
hoy llueven nada más hojas marchitas.

EPITAFIO

En aquel arrabal lúgubre
que sube hasta el cementerio,
muchas veces he observado
al pasar, soñador tétrico,

pobres cruces de madera
y marmóreos mausoleos,
que en blanco esperan el nombre
que habrá de grabarse en ellos.

A mi pasión te robaron,
¡oh niña de ojos de cielo!
Mi vida inunda la sombra,
y las esperanzas pierdo.

Pero no hace falta un nombre
en la tumba de mi pecho,
porque el tuyo, para siempre,
está en ella bien impreso.

LIED

De rubor y de júbilo encendida,
me sonríe la niña á quien adoro.
Labrad, para mi hermosa prometida,
una sortija de oro.
Marchó lejos mi bella;
pero no temo que me olvide ingrata.
Labrad, para guardar recuerdos de ella,
un estuche de plata.
El destierro es muy largo y muy pesado:
soportarlo quisiera, y no sé cómo.
Labrad, para mi sueño deseado,
un ataúd de plomo.

LAS TRES AVES

Le dije á la torcaz con toda el alma:
—«Busca, para que goce dicha y calma,
la flor que, según dicen libros viejos,
de amor nos da la victoriosa palma.»
Contestó la torcaz:—«Está muy lejos.»
Le dije luego al águila altanera:
—«El fuego que en el cielo reverbera,
ansia mi corazón, de dichas falto.
Sube por él á la encumbrada esfera.»
El águila me dijo:—«Está muy alto.»
Dijele al buitre con soberbio alarde:
—«Mi enfermo corazón estalla y arde;
Ven, devóralo tú, buitre inhumano.
Déjame, nada más, lo que esté sano.»
El voraz buitre contestó:—«Ya es tarde.»

PURGATORIO

Tuve un sueño fatal. Había muerto,
y así me dijo tremebunda voz:
—«Has de purgar tus culpas: vuelve al mundo;
pero en mísera y dura condición.

«En los bosques que Otoño amarillea
y azota el huracán asolador,
serás un débil pájaro sin nido.
—¡Hacia ella volaré! Gracias os doy.
—¡Pues, no! Serás un árbol sin apoyo,
y cuando silbe airado el aquilón,
sacudirá tus desgredadas frondas.
—Quizás sombra le dé. Conforme estoy.
—Pues el humano amor así te exalta,
serás tosco guijarro, expuesto al sol,
que aplasta en el camino la carreta.
—¡Si me huellan sus pies, ya feliz soy!
—¡Insensato!, con ímpetus de trueno
dijo por fin la tremebunda voz;
vuelve á ser hombre y á vivir; pero ella
cierre su pecho á tu imposible amor.»

ESTRELLAS FUGACES

Cuando en las noches de Otoño
divago por la ciudad,
los ojos al firmamento
levanto con dulce afán.
Dicen que si alguna estrella
vemos el cielo cruzar,
el deseo que formamos
en ese instante fugaz,
tiene, por ley misteriosa,
su cumplimiento cabal.
Niña hermosa, mis deseos
siempre los mismos serán.

Cuando un astro se desprende,
pido con viva ansiedad
que me quieras cual te quiero,
y no me olvides jamás.
A esa quimera ilusoria
crédito le quiero dar,
porque para consolarme
ya no tengo nada más.
Pero ha llegado el invierno;
negras las noches están,
ya no cae ninguna estrella,
y me canso de mirar.

JURAMENTO

No importa que tu pecho, dueño amado,
á mi pasión ardiente esté cerrado.
En tus pupilas celestiales bebo
feliz la llama pura
que me da vigor nuevo,
y que me purifica y transfigura.
Es el dolor que me robó la calma,
porque de ti proviene, grato al alma,

y por él más me encumbro y más me elevo.
 Dichoso ó desdichado, he de quererte,
 hermosa niña, cuyo dulce encanto
 encadenó mi suerte.
 ¿Me haces llorar? Bendeciré mi llanto.
 ¿Me haces morir? Bendeciré mi muerte.

ORGULLO DE AMAR

Voló ya la Quimera de mi vida,
 y será inútil que su vuelta anhele.
 La postrer esperanza está perdida;
 mas no quiero que nadie me consuele.
 No me compadezcáis, amigos míos:
 amo dichoso mi dolor secreto.
 Sin protestas, enojos ni desvíos,
 á mi fatal destino me someto.

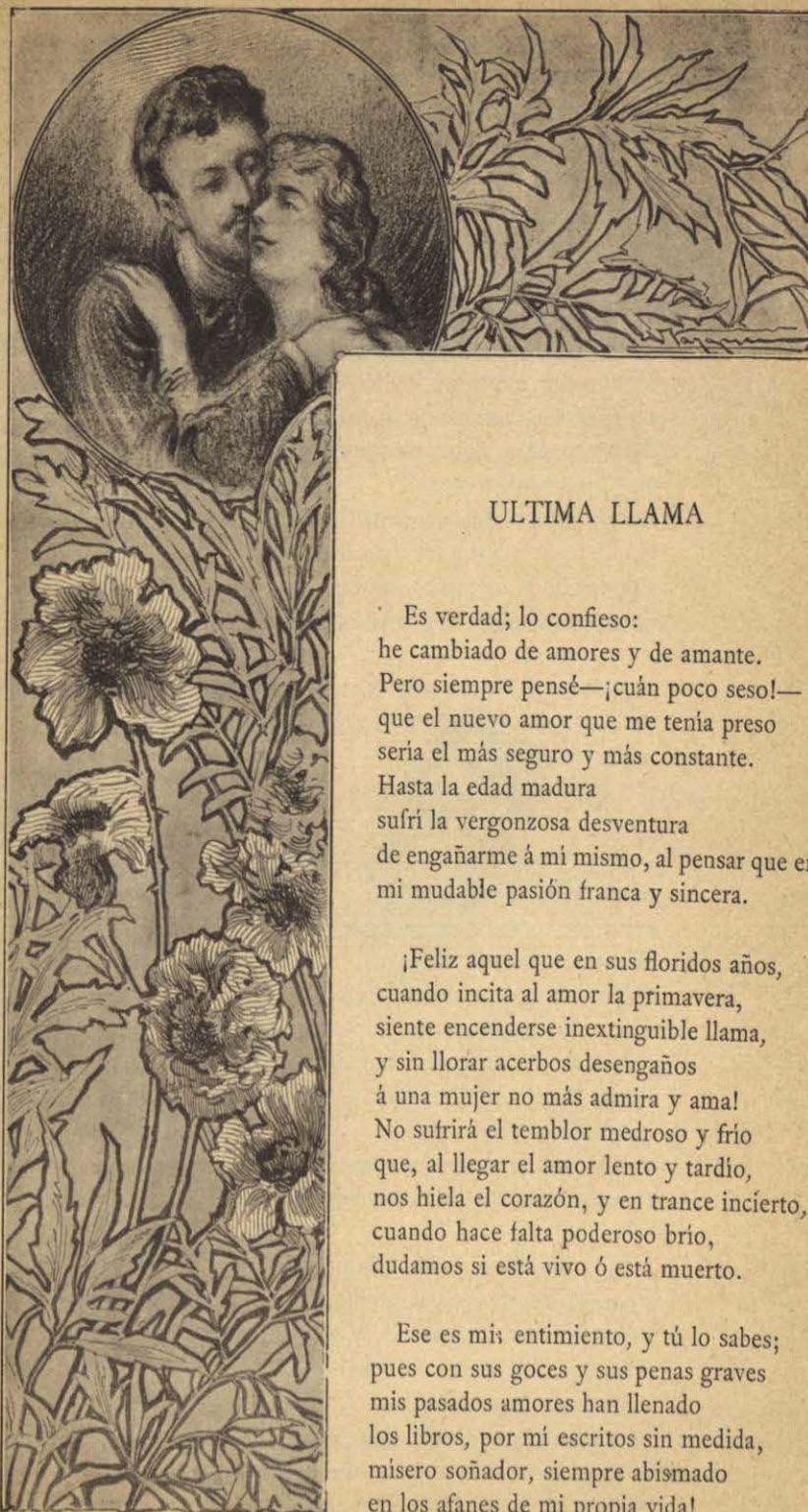
La mejor parte me otorgó la suerte,
 pues conservo mi amor, que es mi tesoro.
 Lo llevaré en el alma hasta la muerte.
 ¡No me compadezcáis, si veis que lloro!

¿No habéis visto, en las plácidas veladas
 de verano, las pobres mariposas
 morir en vuestra lámpara abrasadas,
 si buscando la luz vuelan ansiosas?

Por resplandor más vivo deslumbrado,
 de la atracción funesta no me eximo,
 y cual ellas también, muero abrasado.
 ¡No me compadezcáis, si veis que gimo!

Porque yo no podría, aunque quisiera,
 arrepentirme de mi audaz locura,
 y hallo en mi mal delicia verdadera,
 como el mártir que adora su tortura.

Si á este suplicio, con que mi alma lidia,
 sucumbo, sucumbir gozoso quiero.
 ¡Amo! Los que no améis, tenedme envidia.
 ¡No me compadezcáis, si veis que muero!



ULTIMA LLAMA

Es verdad; lo confieso:
 he cambiado de amores y de amante.
 Pero siempre pensé—¡cuán poco seso!—
 que el nuevo amor que me tenía preso
 sería el más seguro y más constante.
 Hasta la edad madura
 sufrí la vergonzosa desventura
 de engañarme á mi mismo, al pensar que era
 mi mudable pasión franca y sincera.

¡Feliz aquel que en sus floridos años,
 cuando incita al amor la primavera,
 siente encenderse inextinguible llama,
 y sin llorar acerbos desengaños
 á una mujer no más admira y ama!
 No sufrirá el temblor medroso y frío
 que, al llegar el amor lento y tardío,
 nos hiela el corazón, y en trance incierto,
 cuando hace falta poderoso brío,
 dudamos si está vivo ó está muerto.

Ese es mi entimiento, y tú lo sabes;
 pues con sus goces y sus penas graves
 mis pasados amores han llenado
 los libros, por mí escritos sin medida,
 misero soñador, siempre abismado
 en los afanes de mi propia vida!